

La profesión médica se autoproclama experta en enfermedades,



*no se proclama experta en salud*

Artículos de **Patrick Quanten**  
Doctor en Medicina

# Pillar una enfermedad <sup>1</sup>

por Dr **Patrick Quanten**, MD

*“¿Habéis oído? ¡Hay un virus rondando!*

Esa es una afirmación típica para indicar que hay una enfermedad infecciosa manifestándose, temida por todos aquellos que “*lo pillan todo*”. Un enemigo a ser tenido en cuenta está apunto de entrar en nuestra vida. Atención. Cuidado. El estribillo que se repite es *¡prevención!* Y sin embargo toda nuestra prevención no parece tener un impacto real sobre nuestros miedos a que “nos pille”. ¿Por qué pasa eso? Si sabes lo que hay que hacer para prevenir la enfermedad y dispones de los medios para detenerla o atajarla, entonces ¿por qué todavía necesitas tener *miedo*?

¿Podría ser que *ni* la prevención *ni* la cura funcionasen, y que nosotros, en el fondo, lo supiéramos?

Utilizamos antibióticos para curar enfermedades infecciosas, pero debemos hacer frente a una resistencia que crece con rapidez contra todos los antibióticos que hemos desarrollado.

Utilizamos las vacunas para protegernos a nosotros y a nuestros hijos, y nos enfurecemos cuando alguien decide *no vacunar* a su hijo, porque ahora el que no está vacunado “amenaza” el bienestar de todo el grupo.



## ¿Cómo puede ser una amenaza, si los que están vacunados están definitivamente protegidos?

En las últimas tres décadas hemos sido testigos de un preocupante fuerte aumento de la obesidad. Muchas más personas, y muchos más niños que nunca antes son portadores de un grave exceso de peso. Esto, según la profesión médica, tiene graves consecuencias en relación con su salud y su longevidad.

A pesar de tres décadas de publicidad, de fuertes campañas para despertar la conciencia, el problema ha ido en aumento. A pesar de tres décadas de severos tratamientos basados en dietas de reducción (calorías, grasas, azúcares), y en el entrenamiento intensivo físico, los resultados se encaminan decididamente en dirección equivocada.

Algunos expertos dicen que la obesidad está tomando *proporciones de epidemia*. Este término vincula la enfermedad a una forma de “pillarla”. Realmente podrías haberla pillado de tu madre y de tu abuela; o podrías haberla pillado comiendo comidas inapropiadas. Este concepto no difiere, en principio, del concepto de que podrían pillar una enfermedad infecciosa comiendo comida infectada o bebiendo agua infectada.

Las enfermedades del sistema nervioso, como el Alzheimer y el Parkinson, se extienden rápidamente. De nuevo escuchamos que se refieren a *algo* que se está *transmitiendo* de persona a persona, o a través del ambiente de una persona hacia esa persona. La charla médica, estos días, está plagada de *dedos apuntando* a una causa externa que explique porqué te pone enfermo; cuantos más de todos estos chismes te rodeen, mayores probabilidades de que puedas pillarlo tú también.



- Padres o abuelos con ciertos cánceres y, por tanto, tus posibilidades crecen radicalmente.
- Padres y abuelos con problemas cardiovasculares y, en consecuencia, tus posibilidades

1 [Catching a Disease](#) - julio 2012

crecen radicalmente.

- Padres y abuelos con alergias y, en consecuencia, tus posibilidades crecen radicalmente.
- Padres y abuelos con demencia y, en consecuencia, tus posibilidades crecen radicalmente.

Casi a diario se escucha sobre nuevas enfermedades que se añaden a esta lista. O bien está en tus genes, o bien es muy probable que acabes de la misma manera, *“tan solo porque”* si está en tu entorno es muy probable que *lo pillas*.

Pillar una enfermedad de fuera significa que cualquier cosa que pueda ponerte enfermo tiene que venir del exterior. Tiene que *entrar* en tu cuerpo de alguna manera, circular por él hasta encontrar su sitio perfecto, y entonces tiene que empezar su proceso destructivo sin ninguna interferencia por parte de tu cuerpo.



O, para ser más descriptivo, el germen tiene que superar todas las defensas que protegen los asuntos internos de tu cuerpo de las excesivas interferencias externas, y tiene que encontrar una manera para introducirse en el cuerpo *“sin ser visto”*.

Entonces tiene que saltar al torrente sanguíneo, la forma más rápida de viajar ahí (un germen tiene un tiempo de vida limitado, no querrá malgastar tiempo), y flotará al azar a donde le lleve la corriente. Entretanto, cada pocos segundos una patrulla de policía (los linfocitos) va haciendo la guardia pero el germen se las apaña de alguna manera para permanecer invisible.

Cuando por fin llega a su destino final (los gérmenes específicos tienen lugares de infección específicos en el interior del cuerpo), monta el campamento y empieza a multiplicarse.

Desde luego, para que esto suceda necesita que las células vecinas ignoren totalmente a los que recién acaban de llegar al sitio. Entonces el germen empieza su proceso destructivo, matando rápidamente a las células, y el tejido todavía no hace sonar las alarmas ni se pone en pie de guerra.

Y así es, en principio, la forma en que ocurre una infección *cuando la razón de la infección procede de fuera del cuerpo*. Sorprendente, ¿no? Casi resulta increíble que el cuerpo, con su sistema inmunitario intrínseco, se las arregle para ignorar totalmente la invasión extranjera a todos los niveles. **¿Para qué diablos tenemos entonces un sistema inmunitario?**

Afortunadamente, no tenemos porqué entrar en pánico. Sabemos ahora que la infección no procede del exterior. Y digo *“ahora”*, aunque en realidad *ilo hemos sabido desde hace casi dos siglos!*

En la época de Louis Pasteur (el gran defensor de la teoría que dice que una enfermedad infecciosa es ocasionada por la invasión del cuerpo por parte de un germen foráneo), científicos, biólogos y microbiólogos por igual habían ya determinado que *no existía ninguna invasión en absoluto*. Enseñaron que el proceso infeccioso era iniciado por las propias células corporales.

Estas células enferman en gran número, dando como resultado un rápido deterioro tisular *en masa*. Dentro de estos deshechos celulares, y específicamente según el tipo de restos que produzca el tejido, se crean los gérmenes, que se alimentan de los residuos y los limpian.

Antoine Béchamp, el más respetado de su época por la excelencia de su investigación, determino que en la enfermedad infecciosa, **el terreno lo es todo y el germen es nada**. También concluyó que los gérmenes, al ocurrir posteriormente durante el proceso, son el *resultado* y no la causa de la enfermedad. Desde entonces, muchos científicos han llegado independientemente a las mismas conclusiones, con lo cual Gaston Naessens (a mediados del siglo pasado) demostró finalmente el ciclo completo de desarrollo, que muestra sin lugar a dudas que todas las familias bacterianas y fúngicas <sup>2</sup> conocidas derivan de un estadio previo

---

2 Relativa a los hongos.

que se cambia a si mismo para convertirse en el grupo siguiente, puesto que la comida de los restos celulares sufre una alteración debido a la influencia del grupo anterior de gérmenes.

De esta forma, todo tipo de desperdicio procedente de la estructura tisular en descomposición puede ser limpiada. Si todas estas cosas son hechos científicos, entonces ¿porqué en nuestras facultades y sistemas médicos seguimos temiendo los “ataques exteriores”?

**Pregunta:** ¿Qué hay que hacer para que una masa de seres vivos se junten y se muevan en la misma dirección al mismo tiempo?

**Respuesta:** ¡Darles un enemigo común! Si todos ellos se sienten amenazados por el mismo peligro exterior, harán piña, juntándose y pidiendo protección y orientación a sus líderes.

- ¿Quién lidera aquí el baile? ¡Los expertos, desde luego! En este caso estamos hablando de la profesión médica, autoproclamada experta en enfermedades (observación: *ino se proclaman expertos en salud!*)
- ¿Quién esperamos que nos proteja? El médico y su bolsa de trucos.
- ¿Quién está en posición de conocer al enemigo, avisarnos y decirnos qué hacer? El médico y su bolsa de trucos.



Todo lo que sabemos sobre el enemigo que enfrentamos es lo que la profesión médica *nos dice* sobre ese enemigo. Nadie fuera de la profesión ha estado en posición de espiar al enemigo, a fin de obtener más hechos sobre él.

Y si algún tipo raro lo ha hecho, desde luego no podemos tomarle en serio, porque *no es un experto*; uno no se gana el estatus de experto explicando cuentos *diferentes* sobre el enemigo. Y si resulta que ya tiene el estatus de experto, **si resulta que es un médico**, se le tacha de la lista y de la noche a la mañana se convierte en un imbécil.

Louis Pasteur no sólo fracasó en convencer a los científicos de su tiempo acerca de la teoría del ataque enemigo que venía del *exterior*, sino que también despertó sus iras a causa de la continua mediocridad de sus estándares de experimentación, y de las fantasiosas conclusiones que extraía, más allá del dominio del propio experimento.

Sin embargo Louis Pasteur se las ingenió para convencer a los inversores en nuevas tecnologías y fármacos químicos. Juntos, fabricaron historias de éxitos, conjuraron las estadísticas, montaron experimentos para demostrar cualquier cosa que necesitase demostrarse. Acababa de nacer el *ménage à trois*: la profesión médica (la *autoridad*), la industria, y los medios.

La estructura sigue, a día de hoy, esencialmente inalterada. Lo que más me perturba del tema es que el individuo es sólo un medio para llegar a un fin, y que ese fin es *ganar dinero*, no la salud.

¿Qué cambiaría si no existiera un enemigo exterior, y todos los gérmenes surgieran del interior del propio tejido enfermo?

- Si no existe una amenaza en el ambiente, no necesitamos protegernos contra ella.
- Si no existe una amenaza en el ambiente, no necesitamos expertos que nos mantengan informados acerca de la misma.
- Si cada enfermedad infecciosa es una expresión de un proceso de enfermedad interna, los gérmenes se convierten en nuestros amigos, y el proceso de enfermedad se convierte en un asunto individual.

Cada infección, sin importar el tipo de germen que podamos encontrar entre los desechos, se convierte en un proceso particular e individual. Eso significa que *no existe una cura general*; que el individuo es *la única persona* capaz de alterar la forma en que funciona, y por tanto

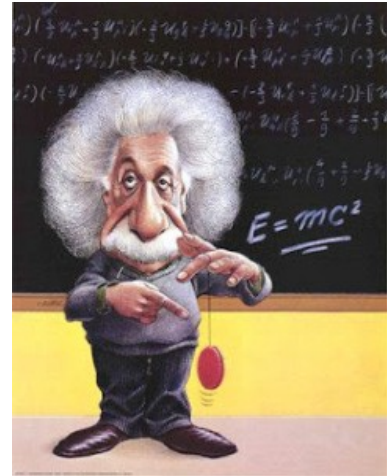
cambiar la manera en que se producen los residuos.

## Pero, ¿hay alguna posibilidad de que esto sea factible?

Albert Einstein demostró que toda materia es de hecho energía. Todo en el universo entero es energía, y la materia es una expresión coagulada de esa energía. Cualquier alteración en la materia sólo puede explicarse por cambios en el equilibrio del campo energético del que emerge la materia.

Eso significa que desde hace casi un siglo sabemos que la materia *no es lo importante*, y que la materia no puede darnos en absoluto las respuestas sobre los cambios, de salud a enfermedad, que experimentamos.

- ¿Por qué no es esto lo que estamos enseñando?
- ¿Por qué nos *obstinamos* con la visión de que la interferencia química es a la vez causa y curación de las enfermedades?



Además, desde mediados de los años 1980, los científicos han demostrado que nuestras emociones están siendo “traducidas” a moléculas en la estructura física, en la materia.

Esto respalda lo que Einstein nos enseñó. Pero, ¿ha servido para que las autoridades abrieran sus puertas a conceptos y hechos diferentes? No, ni remotamente.

¿Marcó alguna diferencia que la Nueva Biología, en los años 1990 demostrase que cada célula corporal se *comunica* con el mundo exterior a través de vibraciones, frecuencias y ondas, no a través del contacto químico? No, ni la más mínima.

Las autoridades no solo *no quieren saber*, sino que multiplican sus esfuerzos para convencer a la gente de todo lo contrario. Grandiosas campañas mediáticas, con programas televisivos (tanto en espectáculos de tele-realidad como en los programas de ficción), emisiones radiofónicas y revistas garantizan que *su versión de la historia* gobierne a las masas. ¡Tiembra, mortal, ten mucho miedo!

En pocas palabras:

- Durante casi doscientos años los científicos han demostrado que los gérmenes son un resultado de la enfermedad, no la causa, y que surgen desde dentro del tejido enfermo.
- Durante casi doscientos años los científicos han demostrado que toda la materia es energía, y que la forma en que está construida y la forma en que funciona están determinadas por el campo energético del que la materia se forma.
- Por treinta años ya los científicos han demostrados que todas las células producen su propia materia en respuesta a los estímulos energéticos que reciben de su entorno, no del contacto con otra materia de su entorno.

¿Y qué?

De las ruinas de una investigación excelente, destruida por el tiempo y la autoridad, el dinero y las ansias de beneficio, surge un verdad simple: La enfermedad es un asunto personal; es un desequilibrio personal entre el mundo interior de la persona y su mundo exterior.

Cuando la tensión entre estas dos fuerzas se hace demasiado fuerte para resistirla, la materia física no puede seguir expresándose de la misma manera; cambia lo que era y la forma como acostumbraba a funcionar. Ahora la persona está enferma.

Si los tejidos locales ya no pueden limpiar los residuos por sí mismos, surgen los gérmenes de entre los propios residuos a fin de ayudar en el proceso de limpieza. Al mismo tiempo, y con frecuencia, el cuerpo empieza un proceso prioritario de “quemado” del material sobrante (fiebre, inflamación).

Que el individuo responda o no al entorno *permitiendo* que la tensión crezca y crezca, es

decisión del individuo. De ahí que mucha gente pueda responder de forma similar a una situación exterior más o menos al mismo tiempo, produciendo una tensión extra *similar*, en lugares similares, más o menos al mismo tiempo. Pero no todo el mundo se apuntará.

En cada *epidemia*, no importa cuán terrible o extendida sea, siempre ha habido y siempre habrá *supervivientes*. Se debe al hecho de que esas personas no se han “implicado” con las vibraciones concretas de su entorno.

En otras palabras, el mundo les deja indiferentes. Por lo menos, en ese tema concreto, de esa manera específica, y en ese momento dado. Cuando más “fuerte” sea una persona, menos probabilidad tiene de enfermar.

La fuerza aquí no se mide en términos de presión sanguínea, buen estado físico, capacidad respiratoria o cualquier otra prueba médica; se mide simplemente por la facilidad con que una persona puede *distanciarse* de las influencias ambientales perturbadoras y potencialmente fuertes. El enfoque se coloca hacia el interior, hacia el Yo, no hacia lo que el mundo externo pueda querer o necesitar. La persona *no teme* el medio en el que vive. El interior de la persona está en armonía con el exterior de la persona.

Y así es cómo cuán diferente podría llegar a ser el mundo. Sin necesidad de estadísticas ni evaluación de riesgos. Sin necesidad de ninguna guerra. Sin necesidad de armas ni servicios de inteligencia.

Yo ya no necesito tener miedo, ni existe influencia externa que me ponga enfermo, a menos que yo mismo le permita perturbar mi propio equilibrio. Soy quien mejor lo sabe, y soy quien está a cargo de mi propia vida. Lo que otros hagan *es irrelevante* para el equilibrio de mi salud. Todo lo que importa soy yo, y lo que me gustaría hacer con mi vida. Lo que importa es cómo necesito *vivir mi vida*, lo que me conviene a mi y a nadie más.

Lo que importa es que estoy a cargo de mi propia salud. Lo que importa es el Yo.

Pilla una enfermedad si quieres.

O aprende de tus propias enfermedades y conviértete en tu propio chamán:  
experto en el tema de **ti mismo**.